



Las Princesas Encantadas, y deslealtad de hermanos.

PRIMERA PARTE.

Aquel indómito monstruo
que fingió la idolatría,
poblado de alas y lenguas
que fama le preconizan,
para que el orbe terreno
en los mas remotos climas
pueda con sus dulces voces
á todos darles noticias.
Esta misma fama sea
la que en la ocasion me sirva
de resonante clarín,
con cuyas voces melifluas
dé á luz una nueva historia,
que por lo mismo es digna

que en lápidas de alabastro
para eterno esté esculpida,
cuyos dulces epitectos
pueden servir de doctrina
para no fiar ninguno
de criatura nacida.
Mas dejando digresiones,
es bien la historia prosiga.
Cuando el católico rey,
que globos de estrellas pisa,
San Fernando, rey de España
lanzó la secta morisca
de España, de sus dominios
con su invencible cuchilla,

muchos nobles caballeros
descendientes todavía
de los primeros cristianos
que hubo cuando la conquista,
fue en ellos un poderoso
el cual por su bizarría
fue luego electo por rey
en las fértiles provincias
de las partes del Oriente
que se nombraba la Siria;
era su nombre Clotaldo,
era casado, y tenía
de su feliz matrimonio,
la belleza de tres hijas,
que en las humanas deidades
llevaban la primacía.
Viéndolas el rey su padre
que pocos las merecían,
y muchos los que aspiraban
subir á tan alta dicha,
ordenó hacer un castillo
de vistosa simetría,
y de altura formidable,
que aun la mas aguda vista
sus pirámides y almenas
penetrarlas no podían:
allí dispuso encerrarlas
con infernal inventiva,
pues buscó un mágico sábio
que con hechizos hacía
nigrománticos enredos,
á este el rey notifica
haga un fuerte encantamiento
para que no puedan ser vistas,
ni vencidas de ninguno,
hasta que el rey lo permita,
dejándolas emplazadas
como en clausura continua;
y fué el poner tres caballos,
ó Satánicas Harpías,
para cada una el suyo,
donde el encanto se cifra.

Despues despachó un decreto
en toda su monarquía,
que cualquiera caballero,
o noble de sangre limpia,
que pueda entrar en la torre,
si aquel encanto conquista
en sus hijas tendrá el premio
quien lograre aquesta dicha
serán casados con ellas,
sin haber quien se lo impida.
Muy bien conocia el rey
la dificultad que habia,
y con esta confianza
por premio las ofrecia.
Corrió en todos sus estados
velozmente esta noticia:
á este tiempo tres hermanos
de gallarda bizarría,
caballeros, y aunque pobres,
de ilustre genealogía,
nacidos en Dinamarca,
dispusieron valerosos
el partirse á grande priesa,
por ver si la feliz suerte
quiere que tal bien consigan.
Ya los tres reconocidos
dejan su patria, y caminan
hasta llegar á la corte,
y con la atencion debida
dijéronle al rey su intento,
y al punto mandó que pidan
todo lo menesteroso,
de cuanto se necesita;
con la sentencia, y el cargo,
que el que fuere á la conquista
si no salen con la empresa
luego será dividida
de su cuerpo la cabeza,
castigando su osadía.
Pidió el mayor y el segundo
caballos y armas lucidas,
y el menor pidió que un carro

tan solamente queria
con dos bueyes, y que en él
poner para muchos dias
gran prevencion de sustento
de comidas y bebidas,
muchos clavos y una cuerda
de largura sin medida,
hechas estas diligencias
que ya dejo referidas,
salen los dos á caballo,
y dentro de pocos dias
le dieron vista al castillo,
y á su eminencia se arriman,
mas luego experimentaron
sus diligencias perdidas;
pues viendo la elevacion,
fallecen y desaniman,
sin hallar en sus contornos
poblacion grande ni chica
donde saciar la hambre y sed
que los aflige y fatiga.
Algunos dias gastaron
dando ideas discursivas
como poder conquistar
torre tan fortalecida;
mas viendo no ser posible,
ya cansados determinan
volverse para su patria,
sin premio á tanta fatiga:
tomaron la propia senda,
que antecedente traían,
y en medio de ella encontraron
á el hermano que venia
muy poco á poco en su carro
con prevencion de comida,
y al verlo le propusieron
los imposibles que habia,
para conquistar el fuerte,
que se vuelva, y no prosiga:
no bastaron persuaciones,
plegarias ni rogativas.
Despues que hubieron comido

volvieron en compañía,
llegaron segunda vez
á la encantada alquería,
hicieron alto, y descargan
los víveres que traían,
fué el mancebo examinando
la torre, que no tenia,
puerta, puente, ni rastrillo
ventanas, ni zelosías,
y bien registrada toda
ciñó á su cintura misma
una vanda, y en la cual,
los fuertes clavos afirma,
cogió un clavo y una cuerda
y un buen martillo en la cinta
y al fijar el primer clavo,
vieron que se estremecia
el encantado castillo
y dentro una gritería,
que á no ser su valor tanto
no siguiera su porfia.
Siguiendo su operacion
sin temor, ni cobardía,
poniendo clavos, y haciendo
subida, para su vida.
Con artificiosa maña,
y astucia tan bien lucida
llegó al extremo postrero,
y apenas sus cumbres pisa,
le salieron al encuentro
tres hermosísimas ninfas,
mostrando ser sus bellezas
aun mas que humanas divinas,
diciéndole quien sois jóven
que con tan libre osadía
has profanado el decoro
de este alcazar, donde habitan
tres princesas? Pues tu muerte
pagará tal demasía.
El respondió: pues Señora,
como ese favor consiga,
de morir á vuestros ojos,

causará mi muerte envidia,
y así tendreis por sabido
que como ustedes permitan
que las libre de este encierro,
aunque para la salida
todo el mundo se me oponga,
no es posible que me rinda.
Uniformes respondieron
pues como el valor te asista,
todas tres obedecemos
muy grandemente propicias,
que te será bien premiado;
mas para eso precisa,
que á tres hermosos caballos,
que en este castillo habitan,
á cada uno una cerda
les quitarás, que en las mismas
está nuestro encantamiento,
y tenlas en mucha estima,
porque en cualquier fracaso
que te halles no te aflijas,
si el elemento del fuego
á cada una le aplicas.
Esto dijeron, y luego
á una cuadra lo encaminan,
donde estaban tres pedazos
de tres figuras distintas;
hizo lo ya referido,
las guarda, y á grande prisa
dispuso bajar las damas,
que del placer y alegría
mil parabienes le daban
con ternezas y caricias,
y á el impulso de la cuerda
á la hermana mayor liga,
y con valor increíble
en tierra la deposita;
lo mismo fue la segunda;
quedó sola la mas chica,
le dijo: jóven gallardo,
toma aquesta gargantilla,
que en valor, poder, y hechura

otra alguna no le imita;
y aunque diversos trabajos
te atormenten y persigan,
jamás te enagenes de ella,
que podrá ser que algun dia
te importé; y con esto el cielo
te libre como nos libras;
con esto descendió al suelo
con la misma anatomía.
Y habiéndolas ya librado
de esclavitud tan indigna,
le tiraron de la cuerda:
¡quién vió mayor bastardía
entre hermanos! Pues se halló
con la esperanza perdida
de bajar, pues ni aun los clavos
que hincados en ella habia:
entonces los dos hermanos,
con infernal avaricia,
conociendo que su hermano
todo el premio merecia,
envidiosos dispusieron
ponerse luego en huida,
montandolas en sus brutos,
volaban, y no corrian
hasta llegar á la corte,
donde el rey se maravilla
en ver á sus hijas libres,
que aun viéndolas no creía;
ellas guardaron secreto,
solo dijeron que habian
por los dos sido libradas,
y viendo el rey que eran nobles
al proviso determina,
esposar las dos mayores
con fiestas muy deleitivas;
y porque pide esta historia
tiempo pera referirla,
pide Alonso de Morales,
que atencion se le permita,
que la segunda jornada
nada tardará en decirla.

TERCERA PARTE.

Teniendo la hermosa infanta
sus gustos ya conseguidos,
de su gargantilla y dueño,
que la libró del peligro,
no dudó el darle la mano,
como había prometido,
causando en el rey tal pena
que fué bastante motivo,
que todo el mundo afease
el mal gusto que ha tenido
reduciéndolo á tristeza,
en vez de hacer regocijos,
no queriendo que en palacio
viviese ni aun por indicios,
y afuera en los extra-muros
un tosco alvergue les hizo,
donde apartados viviesen,
sin ser oídos ni vistos;
su esposa le guerreaba,
que no se mostrase tibio
en descubrirse, pues todos
afeaban sus delirios:
mas él hasta mejor tiempo
tuvo el secreto escondido.
Lloraba el rey su desgracia,
sin hallar en nada alivio,
tanto fué que cayó enfermo:
ya de la vista perdido,
que con el continuo llanto
quedó ciego sin sentido.
Vinieron médicos sábios
haciendo varios cabildos,
hasta que el último acuerdo
fué decir, que entre unos riscos
en los montes de Esclavonia
estaba el único alivio
en las aguas de una fuente;
mas que había gran peligro
por las indómitas fieras

que habitan en aquel sitio,
que en consiguiendo el traerla,
tendrá el rey total alivio,
los dos yernos se ofrecieron,
aunque aventurasen sus vidas
y pasen diez mil peligros;
esto lo supo el hermano,
y sin darle á nadie aviso,
llamó al caballo encantado,
de los tres el primitivo,
y montándose, salió
mas veloz que un torbellino,
fué á la fuente y tomó el agua,
y viniendo de camino
se encontró con sus hermanos,
que iban al intento mismo
y les dijo: caballeros
ese trabajo es perdido,
que aquí llevo ya el agua,
y aguardo un premio crecido:
entonces los dos á un tiempo
le dijeron, noble amigo,
nosotros te lo daremos
en plata, y en oro fino,
como el agua quieras darnos.
Y prontamente les dijo:
no quiero otra cosa en premio,
que dos peras que he sabido,
que á ustedes presentó el rey
por favor muy esquisito;
y pues consigo las traen,
esto es lo que en premio pido;
luego se las ofrecieron,
por entrar mas aplaudidos.
Hecho entre los tres el cambio
se volvieron al proviso,
con la cual cobró el rey vista,
y ellos el quedar lucidos.
Tuvo de allí á poco tiempo

con grandísimo peligro
el rey otra enfermedad,
y médicos muy peritos,
no encontraban medicinas,
hasta que el mas sabio dijo,
que en los desiertos de Albania,
entre sus montes altivos
hay entre sus muchas fieras,
de tanto especie distinto
muchas leonas, si á una
pudieran con artificios
sin darla muerte sacarla
el nectar de su recinto,
era singular remedio,
lo cual no hay otro en el siglo:
ya los dos reconvenidos
por gozar todos los fueros,
salieron bien guarnecidos,
y el hermano al mismo tiempo
se salió al campo y dió un grito,
llamó el segundo caballo,
y luego que hubo venido,
se montó, aunque disfrazado,
con otra forma y vestido.
Llegó al monte, y como iba
con la mágica y hechizo,
pudo coger la leona
sin que de él fuese sentido,
y sacó porcion de leche
á su eleccion cuanta quiso.
Se volvió, y á pocas leguas,
encontró los contenidos
hermanos, que deseosos
ser del rey los mas validos
iban resueltos y osados
por quedar mas aplaudidos;
luego que se saludaron,
asi les habló y les dijo:
amigos yo ya he logrado
lo que pretendeis vos mismo,
dícenle que se la diesen
por cuanto fuere servido.

Y él les dijo: caballeros
luego otorgaré el partido,
si permiten que una oreja
os corte con mi cuchillo
á cada uno, y el cambio
se hará sin que haya entredichos.
A el principio este concierto
gran dificultad les hizo;
mas por grangear honores
otorgaron el partido
pues encubria el defecto
de las pelucas y capillos.
Llegaron muy orgullosos
y fueron bien recibidos
de todos, pues fue la leche
único bálsamo fino,
con que recuperó el rey
cuanto tenia perdido;
mas, ó verdadero adagio
que refieren los antiguos,
que no hay placer que no tenga
algun sentido al juicio.
Sucedió que en este tiempo
que otro rey enfurecido
le puso á Clotardo guerra
con rigor egecutivo;
se hallaba muy tribulado
por su mucho poderio.
Llamó á sus yernos á solas,
diciéndoles, que su arbitrio
era el que fuesen los dos
con silencioso sigilo
á registrar con espías
el campo del enemigo.
Con esta resolucion
los nombró el rey por caudillos,
fiando en ellos la empresa,
como que eran ya sus hijos.
Salieron á ver el campo,
donde el contrario atrevido
esperaba, mas tuvieron
su merecido castigo:

no hacian caso del loco
dandole siempre al olvido,
mas él de cuanto pasaba
de todo tenia aviso.
Se fue á un desierto, y allí
la misma operacion hizo
llamando á el tercer caballo,
y fue armado al proviso
con lucidísimas armas
de acero terso y bruñido.
Se fue al campo de la lid,
y con invencible brio,
imitando á Santiago,
entre los contrarios hizo
estrágos tan formidables,
que los dejó destruidos,
ganándoles dos vanderas,
y trayéndolas consigo,
encontró á los dos que iban
que siempre fue su contradizo,
que iban descubriendo el campo,
hablóles muy comedido:
amigos, ya venís tarde,
y siempre pierde el tardido;
y así para esta conquista
muy frívolos habeis sido,
porque ya por otras fuerzas
quedan muertos y vencidos,
lo cual estas dos vanderas,
y de esta espada los filos
para abonar la verdad
son suficientes testigos.
Dijéronle si queria
quedar en extremo rico,
las redujese á monedas,
que pida y no sea omiso:
dijoles que no estimaba
por ellas ni aun cien bollos,
que solamente estimaba,
si querian consentirlo,
señalarlos con un hierro
adonde fuesen servidos

serán las banderas suyas,
ni las orejas, ni peras
les hicieron tal ruido,
como el considerarse
esclavos sin ser cautivos;
mas; ¡ó codicia avarienta,
ó interés de este siglo!
Por último concedieron
y él hizo un hierro encendido,
y en la espaldilla siniestra
se los dejó á los dos fijo.
Se fueron con las vanderas,
y dijeron haber sido
los que á todos los contrarios
vencieron sin ser vencidos.
Aquí fueron los placeres,
que no es dable referirlo.
Creció con mayor estremo
el odio y rencor maldito
del rey contra el tercer yerno,
por ser hombre tan indigno,
que determinó arrojarlo,
porque jamás fuese visto,
á unas islas muy remotas;
mas el humilde y propicio
le pidió á el rey por merced
se muestre con él benigno,
que el día de su partida
dentro del palacio mismo
se junten todos los grandes,
señores esclarecidos
para un famoso convite.
Esta súplica le hizo,
que por último consuelo
lo pido; ya de cumplirlo
se concedió el pedimento,
y acudió inmenso gentio.
Fué el que tenían por loco,
y se adornó de un vestido
que su valor y hermosura
fué en grado superlativo,
se afeytó, y quedó su rostro

brotando grana y armiño:
entró dando envidia á todos,
al ver su garvo y su brío;
entonces lo conocieron
sus hermanos de improviso,
que les motivó á desmayo
envuelto en sudor frío;
sacó entonces las dos peras,
diciendo: ya no permito
me digan mas vituperios,
que bastantes he sufrido
por mis traidores hermanos.
Yo, gran señor, soy el mismo
que liberté las princesas,
bien lo saben que yo he sido,
y el mismo que traje el agua;
por lo que hube conseguido,
que estas dos peras me diesen;
se dió por verdad lo dicho;
y ahora quiero que todos
manifiesten sus oídos;
quitáronse las pelucas,
y solo en los dos se vido
que les faltaba una oreja,
y él las sacó del bolsillo,
diciendo, estas son las mismas
que á los dos corté yo mismo
cuando trajeron la leche
que os dió en los ojos alivio;
gran Señor, y para que
queden del todo corridos
descúbranse las espaldas
vereis son esclavos míos,
que ahí lo dirán las señales;
este fué el mayor martirio
y vergüenza que pasaron,

manifestar lo escondido.
Y luego en público dijo:
esto lo he hecho tan solo
porque estos hermanos míos
trazaron la falsedad
que egecutaron conmigo:
mas para que de mi pecho
conozcan lo esclarecido,
yo los perdono de todos
los agravios cometidos;
y viendo el rey que de todos
aplausos, solo era digno,
le dió un muy estrecho abrazo,
diciéndole: amado hijo,
si hasta aquí te he despreciado,
desde hoy mudo el designio,
tú solo serás de todos
mis bienes hereditivo;
como así fué, que por muerte
del rey gozó el señorío.
No quiso que á sus hermanos
les diesen ningun castigo,
sino que allí se quedasen,
sin que tuviesen dominio
en cosa alguna en palacio,
que estos son los merecidos
que consiguen los avaros,
que emprenden casos indignos;
y así quien todo lo quiere
todo lo pierde y es fijo.
Don Alonso de Morales,
que este suceso halló escrito
quiso reducirlo á versos
á el mandato de un amigo,
pues los que s'odito nacen
obedecer es preciso.

FIN.

Sevilla : imprenta de la Viuda de Caro, 1841.